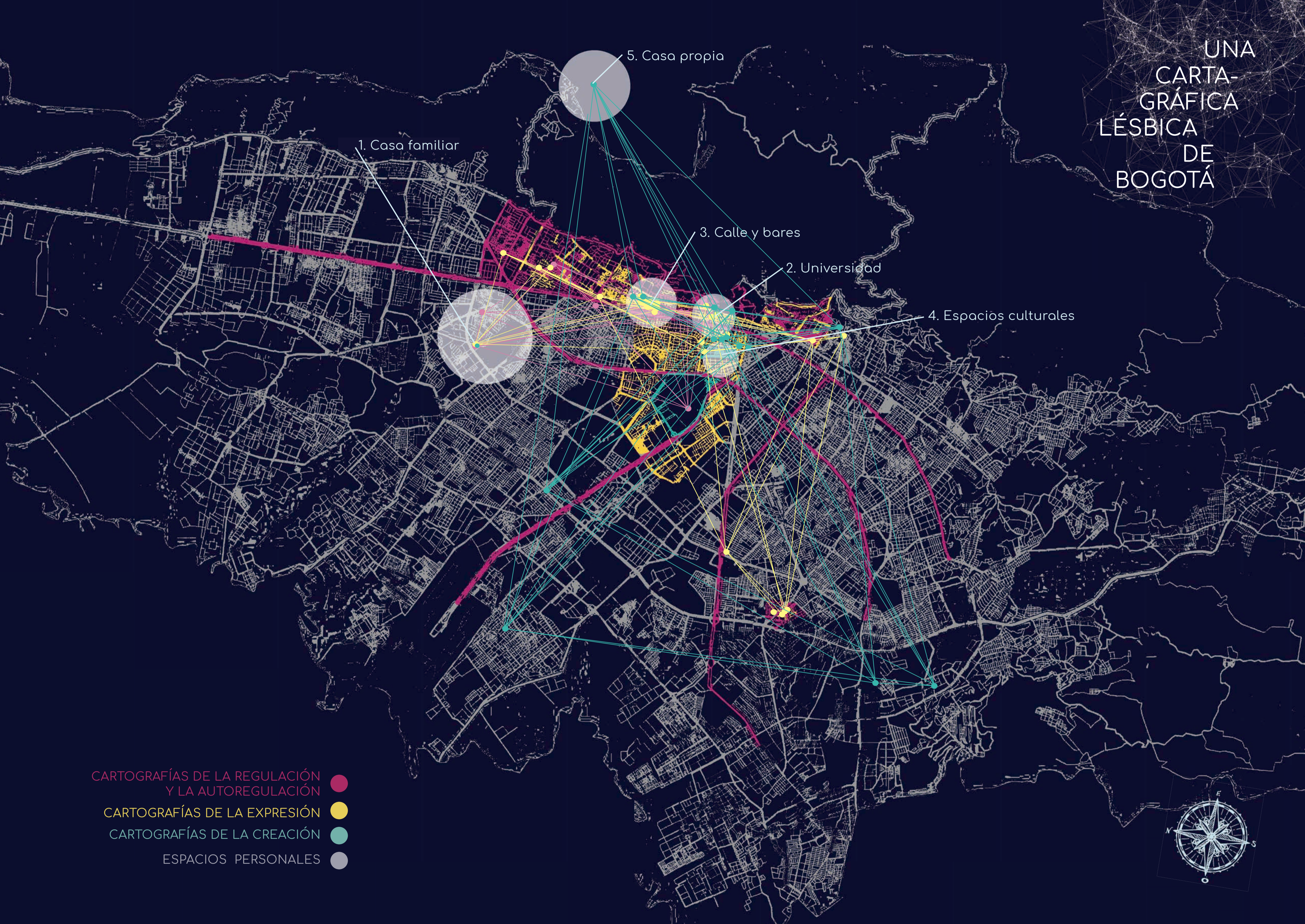


UNA
CARTA-
GRÁFICA
LÉSBICA
DE
BOGOTÁ



UNA CARTA-GRÁFICA LÉSBICA DE BOGOTÁ

REALIZADA POR ÁNGELA ROBLES LAGUNA
EN COLABORACIÓN CON SANTIAGO CARMONA

EJERCICIO CARTOGRÁFICO

El espacio, y la forma en la que lo producimos, se ha convertido para mí en uno de los aspectos más apasionantes de reflexionar tanto en mis proyectos como en mi vida cotidiana. Así, me he sentido convocada a acercarme a la pregunta que Doreen Massey lanza como la cuestión política fundamental planteada por la misma existencia del espacio: “¿cómo vamos a vivir juntos; a convivir, a co-existir? El espacio nos ofrece el desafío (y el placer y la responsabilidad) de la existencia de otros”. Creo que una primera aproximación posible, de las múltiples que quizá haya a esta cuestión, puede ser la exploración de las vivencias personales de los lugares y de las maneras en las que estas son experiencias en común con otras personas.

Por ello, este es un ejercicio en el que intento dar cuenta, narrativa y gráficamente, de la espacialidad de mi experiencia como lesbiana. Recorro así ciertos lugares que han sido fundamentales para mí, teniendo en cuenta parte de las relaciones que constituyen mi percepción sobre ellos, así como los vínculos que podría establecer entre los mismos y otros lugares. Estos últimos corresponden a las historias de vida de otras mujeres feministas con experiencias de vida lesbica, con quienes configuré la que sería mi tesis de maestría, llamada “Las palabras son mapas. Cartografía para explorar la espacialidad de experiencias lesbianas en Bogotá”, en la cual hago un ensayo cartográfico que antecede a este, y que fue imaginado más desde la articulación teórica, etnográfica y poética.

Los lugares visitados a través de las palabras de Diana, Andrea, Laura, Marcela,

Yela, July y Karin, aparecen aquí como el tejido emocional al que se conecta la espacialidad de mi experiencia en Bogotá, justo porque fue al escuchar sus historias de vida que tuve la oportunidad de repensar la mía. Estoy profundamente agradecida con ellas por compartir conmigo sus conocimientos y aprehensiones sobre la ciudad y con ello el haber hecho parte de este proyecto.

Gracias a ellas pude entender que si bien comparto algunos aspectos de mi experiencia con otras mujeres lesbianas activistas, lo cierto es que también hay otros que son diferenciales en términos de clase, raza, ubicación de vivienda en la ciudad, tamaño corporal, etc., y que son determinantes en nuestras formas de percibir y narrar emocionalmente la ciudad. Es imposible homogeneizar nuestros sentidos de lugar, un sitio que puede significar para alguna un lugar de riesgo, para otra puede ser uno de bienestar. También ocurre que ciertos lugares evocan diferentes emociones y hemos hecho parte de ellos de formas complejas.

Este mapa es solo una de las tantas proyecciones que podrían hacerse de las trayectorias, tensiones, fugas, relaciones, vacíos y “flujos de vida” que producen a Bogotá. El resultado de esto son constelaciones lesbianas, imaginadas a través de las conexiones emocionales entre los lugares narrados, que tienen el propósito de arrojar otros sentidos sobre la ciudad, los cuales parten de nuestras percepciones y prácticas. Aquí interpreto estas conexiones en tres sentidos: **regulación y autorregulación, correspondientes a emociones como el miedo, el riesgo, la vergüenza y la rabia; posibilidad de expresión, asociada a sensaciones de bienestar, comodidad, tranquilidad, curiosidad y deseo; y, finalmente, creación, vinculada a la alegría y a la esperanza.**

INVITACIÓN

A través de la aproximación a mi experiencia de Bogotá quiero invitarles a que también compartan sus vivencias de la ciudad, teniendo en cuenta las condiciones particulares (género, sexualidad, raza, clase, funcionalidad, tamaño corporal, etc.) que son relevantes en las relaciones que configuran sus percepciones de los lugares que les son cotidianos, incluido el propio cuerpo como primer territorio, como primera localización.

Algunas preguntas que pueden ayudar con el ejercicio cartográfico, si se deciden a hacerlo son: ¿Cómo viven la ciudad? ¿Su género/sexualidad/raza... es relevante en ello? ¿En qué lugares han sentido miedo o rabia? ¿En qué lugares se han sentido cómodos o en bienestar? ¿En qué lugares han sentido esperanza? ¿Han tenido experiencias de acoso callejero? ¿Han tenido experiencias de discriminación en la calle o lugares públicos? ¿Qué espacios producen junto con otras personas? Sitúen estos lugares en un mapa de la ciudad o hagan un mapa con sus propios recorridos, teniendo en cuenta sus emociones, percepciones y prácticas. Finalmente, pueden compartir sus ejercicios al correo electrónico: aliasangelita@gmail.com.

CASA FAMILIAR

La casa de mi mamá, mi papá y mis hermanos (mi casa familiar) ha sido uno de los lugares más complejos y reveladores de mi experiencia como mujer, como lesbiana y como feminista. En ella me he sentido absolutamente amada, vista, apoyada, cuidada y resguardada, así como también discriminada, rechazada, poco reconocida, juzgada, deslegitimada y silenciada. Desde la felicidad, la esperanza, la curiosidad y la conmoción, hasta la rabia, el miedo, el desencanto y la tristeza, las emociones y afectaciones que hacen parte de las relaciones que producen mi casa familiar, en la que viví hasta hace 9 meses, me impiden describirla de una sola manera.

De hecho, han sido mis percepciones sobre la casa familiar las que me han llevado a preguntarme por la espacialidad de mi experiencia como lesbiana y como mujer. Es decir, me llevaron a cuestionar las formas en las que estaban configurados los lugares que me eran fundamentales y el por qué desear/amar a otras mujeres había cambiado tan profundamente el sentido que tenían estos para mí. De alguna manera pude comprender con el tiempo, como dice Anna Ortiz Guitart, que “el espacio está sexualizado y, más específicamente, está ‘normalmente’ heterosexualizado”.

Por ello, palabras como familia, hogar y casa dejaron de significar lo que siempre habían significado para mí, ya que empecé a sentir un profundo miedo a ser descubierta y juzgada por ser lesbiana, a lo cual se sumaron otras emociones que, como efecto dominó, hicieron que se derrumbara la sensación de seguridad que tenía allí. Aunque durante un tiempo intenté “pasar como heterosexual”, ocultando mis relaciones, emociones y afectos, esta cuestión no duró más de 3 años.

Reconocer ante mi mamá y mi papá que era lesbiana trajo consigo una regla que se sostuvo hasta hace poco y que fue desvaneciéndose paulatinamente, la cual consistía en no invitar a la casa ni a mis parejas ni a mis amistades que no fueran heterosexuales. Por supuesto tampoco podía hablar de nada que tuviera

que ver con ello, porque se generaban situaciones tensionantes, incómodas e incluso molestas entre nosotros. Vale aclarar que esto ocurría exclusivamente con mi papá y mi mamá y no con mis hermanos, quienes han sido un importante apoyo en la casa en lo que respecta a mis decisiones erótico-afectivas; otro es el asunto en cuanto al machismo, al racismo, al clasismo, etc.

Fue solo hasta un año antes de salir de allí que mi actual pareja, Laura, pudo visitarme dentro de la casa, puesto que antes, cuando iba por el barrio, teníamos que vernos en la pizzería, en el parque, en centros comerciales y tiendas cercanas, lugares en los que además hemos sido acosadas por algunos hombres, que nos han dicho y gritado porquerías y que incluso nos han perseguido por tener demostraciones de afecto, como tomarnos de la mano.

Ninguna de mis parejas había sido bienvenida en casa, hasta que en medio de la tesis de la maestría mi mamá empezó a escucharme hablar y leer en voz alta sobre la manera en la que tanto yo como otras mujeres sentíamos y percibíamos los lugares desde que nos habíamos reconocido como lesbianas y, en mi caso, incluso cómo esto me había impulsado a ahondar en la espacialidad de mi experiencia como mujer. Así que mi mamá se animó a tener una charla conmigo en la que finalmente me dijo que Laura podía visitarme dentro de casa. Ese acto pequeño, minúsculo, significó para mí un nuevo sentido de la casa familiar, algo como la suma de un nuevo punto de esperanza en ella, que me recuerda que es posible transformar las relaciones que tejemos y, por ende, los espacios que producimos junto con otros seres. También, que ello implica un proceso constante que no termina cuando obtenemos parte de lo que deseamos.

del consumo, de las fronteras, del estatismo y del mercado rosa, los cuales, además, nos han permitido sobrevivir al señalamiento, a la violencia, a las formas de eliminación que “ese otro” aplica sobre nosotros y del cual nos diferenciamos.

Si bien no era la primera vez que participaba de un proceso colectivo, lo cierto es que era la primera vez que veía estas apuestas desde sus características espaciales. Así entendí que muchas de nosotras hemos hallado, por fuera de establecimientos de comercio y consumo, la posibilidad de sentirnos en “parche”, en “manada”, en red de apoyo y, en general, entre amigas, intentando sanar algunas de las heridas dejadas por un sistema para el que nuestros cuerpos no importan.

Justamente el estar en parche afectivo hace que cualquier sitio pueda convertirse en un lugar de la alegría y la esperanza, incluso cuando este ha sido percibido desde el miedo o el riesgo, como es el caso del Parque Nacional y el de los Hippies, en los cuales se han ejercido múltiples violencias contra mujeres y lesbianas. En ellos, a través de algunos eventos y actividades que se han realizado momentáneamente allí, quienes hemos participado imaginamos y creamos una realidad espacial en la cual el encuentro, divertimento y compartir, se han erigido en contra del miedo y el riesgo que muchas hemos sentido en esos parques, particularmente en las noches. Así mismo, también ha ocurrido que, en contra de las restricciones del espacio público -de la calle concebida, ordenada y naturalizada como heterosexual- nuestras prácticas espaciales han superado las regulaciones concebidas para el mismo.

Sin embargo, los lugares que creamos con apuestas de transformación no nos salvan de reproducir mucho de eso que creemos que está afuera. Aunque los encuentros entre nosotras siempre son posibilidades de identificaciones amorosas y sanadoras, también implican conflictos, luchas de poder, incomodidades, violencias que no sabemos cómo nombrar y disputas, tanto en términos de lo colectivo como de lo personal.

UNIVERSIDAD

El “pasar como heterosexual” en mi casa familiar, en ese periodo en el que tenía un profundo miedo de que me “descubrieran”, se trasladó a otros lugares de los que hacía parte, por ejemplo la universidad, así como a sitios que frecuentaba: restaurantes, bares, centros comerciales, cines, museos, etc. La vergüenza se instaló en mi vida y las mujeres con las que salía tomaban nombres de hombres cuando me preguntaban por ellas y los lugares vividos en su compañía estuvieron entre la curiosidad, el placer y la prevención, porque si alguien se enteraba, “le contaría a mi familia”. Con el tiempo me fui volviendo más “arriesgada” y fui encontrando en el nombrarme lesbiana un respiro, de hecho, cuando mi familia se enteró, encontré en ello una herramienta de resistencia. Esto estuvo ligado al ir conociendo lugares y personas con quienes sentía que no era “la única” y que no estaba haciendo nada de lo cual sentirme avergonzada.

Algunas de mis amigas del colegio dejaron de hablarme, de invitarme a sus reuniones, incluso de saludarme en la calle, supongo que también hice un ejercicio de distanciamiento con ellas. En cambio, la universidad se fue volviendo uno de los espacios en los que me sentía segura, tranquila y, en algunos momentos, esperanzada. Allí empecé a hacer parte de un grupo de diversidad sexual; también conocí a otras personas que eran gays, lesbianas, bisexuales o que sentían que el género que les había sido asignado no era con el que se identificaban, entre ellas conocí a mi mejor amigo, Carlos; encontré clases de arte y género y de literatura y género, las cuales me permitieron acercarme a referentes y teoría que ponía en el centro la experiencia de las mujeres y de las personas disidentes de la heterosexualidad obligatoria; y, en general, pude espacializar mis relaciones erótico-afectivas con otras mujeres.

La universidad, que al principio sentí ajena y absolutamente heterosexual, se convirtió en uno de los lugares en los que pude sentirme plena y compartir mis inquietudes y mis vivencias con otras personas. De hecho, regresé a hacer mi maestría allí y después de ello también he vuelto como tallerista y ponente de diferentes espacios. Estoy convencida de que podemos crear una academia en la que los afectos y las emociones sean centrales en nuestras formas de producir conocimiento.

CALLE Y BARES

CASA PROPIA

Hace 9 meses vivimos con Laura en una vereda de la Calera, en una montaña que bautizamos, junto con nuestra vecina, como la “lesbicolina”. En pocos días el nombre dejará de tener sentido, puesto que la compañera de montaña se trastea y vienen otras personas a ocupar la cabaña que queda debajo de nuestra casa. Esto nos preocupa, ya que harán una obra en la que hombres extraños estarán rondando por la colina y realmente esto nos genera una inevitable sensación de riesgo. Hablando con unas amigas, que también viven en una zona rural, al manifestarles que queríamos mudarnos al campo nos dijeron que ellas no le tenían miedo ni a los bichos ni a los espíritus, sino que le tenían miedo al machismo. Estando en la montaña hemos entendido a qué se refieren y justo por ello estamos un poco prevenidas con la obra.

Hasta el momento hemos vivido, en general, muy tranquilas aquí, en parte por las condiciones físicas de nuestra casa, la cual tiene una entrada bastante empinada y ciertas dificultades de acceso que nos han hecho sentir seguras hasta el momento; esto, sumado a estar cerca de otra mujer conocida. No obstante, particularmente yo me he sentido un poco asustada al llegar tarde en la noche, puesto que cuando vengo en bus tengo que bajarme en la carretera y de ahí hasta acá hay un tramo de aproximadamente 15 minutos, por varios lotes y casas que aún no conozco y sin ninguna tienda abierta.

Algunas veces, cuando hemos caminado de la mano por esa vía con Laura nos han dicho algunas frases molestas y nos han mirado extraño, cuestión que incrementa mi miedo cuando regreso a casa sola en las noches. Una persona del sector nos manifestó que es una vereda tranquila, pero que “es mejor que no dejemos entrar a nadie de la zona en nuestra casa”. En algunos momentos he pensado que es preferible no decir que “solo” vivimos las dos aquí, para “evitar” problemas.

En medio de todo esto vamos acomodándonos poco a poco y esas sensaciones se disipan cuando estamos en nuestros escritorios de trabajo, en la sala, en el cuarto o en una partica de la colina viendo el paisaje, asombradas de estar rodeadas de tanta magia. Nuestra

La calle fue para mí, en los primeros años de este proceso de autorreconocimiento como lesbiana, tanto riesgo como posibilidad. Si bien había aprendido que en la calle existían lugares del miedo para las mujeres, había naturalizado el acoso y los piropos, así como la sensación de miedo y de prevención constante cada vez que salía de casa. Pero cuando en la calle me gritaron por primera vez “arepera” o cuando retaban a algunas de mis compañeras para ver si “eran tan hombres” por vestirse o moverse de cierta manera, el miedo y la rabia que me producían estos eventos tomaron otra presencia en mi vida. El transporte público (especialmente los taxis) comenzó a parecerme absolutamente peligroso para quienes no somos heterosexuales y fui consciente de lo riesgoso que era para las mujeres. El experimentar las regulaciones y violencias hacia mis expresiones erótico-afectivas me hizo consciente de mi experiencia en el espacio como mujer y me ayudó a desnaturalizar las violencias que desde pequeña he recibido por ello.

Otras veces, la calle, el estar afuera de mi casa, me parecía pura posibilidad: conocí la marcha del orgullo LGBT, barrios, bares, actividades y personas con las cuales dejé de sentirme sola. Especialmente los bares gay y lésbicos fueron los primeros lugares en los que no me sentí avergonzada o temerosa de que las personas que estaban allí me vieran con otra mujer, por lo que se convirtieron en una especie de refugio en el momento en el que “pasaba como heterosexual” en espacios familiares, académicos y amistosos. Así mismo, al ir asumiendo más contundentemente en mi vida cotidiana que era lesbiana, siguieron siendo un espacio importante de socialización con amigas y terminaron siendo los únicos sitios a los que iba a rumbear, porque así sentía que “evitaba” el riesgo de ser acosada o violentada en un establecimiento heterosexual. También significaron muchas veces el poder estar en un sitio sin recibir las miradas reprobadoras o los insultos de quienes en la calle expresan violentamente su desaprobación al ver muestras de afecto entre parejas que retan las normas de la heterosexualidad.

Sin embargo, los bares gay, particularmente, no han sido siempre espacios amables o cómodos para mí y para las amigas con las que he asistido, justamente porque muchos de ellos reproducen lógicas clasistas, sexistas, racistas, etc. La forma en la que íbamos vestidos o cómo nos veíamos y el dinero que teníamos para invertir en trago eran, por ejemplo, algunas de las condiciones que determinaban qué tan cómoda iba a ser la visita a estos establecimientos. Por ello, al tiempo que fui encontrando nuevas posibilidades de ser y estar en la ciudad, fui dejando de visitarlos tan asiduamente.

casa redonda ha sido hasta el momento, y sin duda alguna, primero y antes que nada un lugar de la esperanza, en el cual dar inicio a un proyecto en común que impulsa y apoya proyectos personales. Aunque estos meses han estado convulsionados de acontecimientos que han marcado lo que significa para nosotras el vivir aquí, entre ellos disputas y dificultades propias del intentar coexistir de una manera digna entre las dos y con las perxas que nos acompañan (perdimos a una de ellas hace poco), también hemos tenido la oportunidad de encontrarlos desde el diálogo y el reconocimiento amoroso de nuestras similitudes y diferencias. Este no es un lugar idealizado “libre de los estragos y productividades del poder”, como expresa Haraway, sin embargo lo co-creamos diariamente intentando que aquí sea posible “amarnos menos violentamente”.